



Ο Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Γωσήφ

HOMILIA

Domingo IX de Lucas

“Insensato, esta noche pedirán tu alma”

El hacendado recibe de la tierra la paga a sus esfuerzos como trabajador de manera abundante. No tiene lugar donde depositar los abundantes frutos de la tierra. Tanta es su producción y, consecuentemente su fortuna, que debe reorganizar su empresa para poder guardar convenientemente su producción y comercializarla a su debido tiempo. **Esto, evidentemente le produce un gran placer y una profunda seguridad.** Pareciera que su vida estuviera ya resuelta para siempre. Al menos en este plano. Es por ello que concluye: *“Alma mía tienes muchos bienes, para muchos años. Descansa, come, bebe, regójate.”*

Hete aquí que Dios -que siempre *examina corazón y riñones*- contempla toda la escena y sabiendo del destino de nuestro personaje se expide de manera categórica: *“(...) esta noche misma vienen a pedirte tu alma (...)”* Sobreviene de repente la muerte a nuestro personaje y los bienes, las preocupaciones, los planes, el placer, ¿dónde quedan? Recuerdo a San Juan Damasceno reflexionando en sus famosos *idiómelos* fúnebres: *“Todo lo humano es vanidad, todo lo que no existe después de la muerte. No permanece la riqueza, no acompaña la gloria. Habiendo llegado la muerte todo esto desaparece.”* Y nuevamente: *“¿Dónde está la pasión del mundo? ¿Dónde está la fantasía de las cosas temporales? ¿Dónde el oro y la plata? ¿Dónde la multitud de siervos y el ruido? Todo es polvo, todo ceniza, todo sombra.”*

En efecto, Dios, al expedirse, sentencia: *“¡insensato!”*. ¿Por qué la necesidad? Porque el acaudalado planeó todo teniendo en cuenta **solo** la eventualidad de esta realidad y, por ello, intentó obrar sin medida, sin prudencia, sin madurez. En realidad, en su lógica pragmática, **tergiversó la realidad misma**, confundiendo una circunstancia pasajera como si fuera algo absoluto. La insensatez del rico quiere su **placer-seguridad-superación** en la **contingencia** -en lo **relativo**- de esta dimensión, obviando la dimensión más profunda y tendiente hacia lo Absoluto de la realidad en general y de la propia en particular.

El rico configura toda su existencia a la materialidad eventual y pasajera; **deprecia** la primigenia **capacidad-condición** de trascendencia espiritual y la reduce -equivocadamente, claro está- a la mera satisfacción de las sensaciones del cuerpo a través de lo material y momentáneo. Este hombre no se olvida de su alma, pues, “paradójicamente” le habla; al contrario, **delimita** – o más bien anula y niega- esta *dimensión-magnitud* de su ser todo, de su alma y de todas sus actividades y potencialidades, a la atmósfera de la eventualidad, del límite, de la imposibilidad. Nótese que a causa de una fausta circunstancia – en este caso la riqueza- se desencadena un intransigente y flagrante proceso de **des-humanización** que lo lleva a un plano inferior que los animales irracionales.

Existe, pues, un desorden grave en el interior de esta persona. Este desorden hoy en día lo vemos generalizado en una humanidad que se auto-limita en vistas de lo efímero -del aquí y ahora- que vivido de esta manera impide la primigenia tendencia hacia la eternidad. Y es grave porque está ahogando la **receptividad trascendente** -la imagen de Dios y la capacidad de asemejarse a Él- al limitarla al plano meramente eventual. Como consecuencia se produce una **necrosis espiritual**: se pierde la visión y la perspectiva del Infinito, y nos hundimos en la **panacea de la contingencia** que necesariamente, mientras se realiza, se convierte en una irrisoria imagen del límite mismo de un hombre que se des-conoce, mientras se va poco a poco auto-destruyendo.

El trabajo digno, correcto, justo, honrado y honesto es una actividad propia del hombre de bien, y es justo que obtenga su paga de acuerdo a sus esfuerzos para poder llevar una vida digna en esta dimensión. **Las riquezas no son malas, mientras sean consideradas como un medio y no como un fin, y siempre y cuando el hombre no confunda lo eventual con lo Eterno, lo relativo con lo Absoluto. Y de todo lo relativo, las riquezas, la fama, el buen nombre -el hedonismo, pues, en todos sus términos- son meras expresiones de “aquello” que necesariamente “pasa”, pero que, su absolutización sin duda, tiene reverberancia en el otro plano, en aquel del alma que se asocia por naturaleza a lo Absoluto y Eterno.**

Sabio es, pues, quien habita en la tierra como ya siendo ciudadano del cielo, quien distingue lo Eterno y de lo contingente y lo asocia en el correcto orden y prioridad. **No es justo cambiar nuestra capacidad a la infinitud por lo efímero y perecedero.** No es justo para nosotros mismos. Obrar así significa cercenar -castrar- la propia capacidad de trascender asemejándonos a Dios mismo. Sería entregarnos sin más a la muerte -al límite pecaminoso y fracasado- ya en vida.

Por ello el Señor advierte: *“Así será para quien atesora para sí y no se enriquece en Dios.”*